

prohibió el Emperador generalmente sacrificar hombres y comer carne humana; pero cuando lo hizo, ya estaba, aunque en medio de su capital, bajo el poder del pequeño número de españoles que admitió al principio: revolucion tan unánimemente afirmada, y tan distante del curso ordinario de los sucesos, que sería tan poco razonable el combatir su verdad, como el buscar en ella la verosimilitud.

21. Despues de un acogimiento tan lisongero, como empezasen por el contrario á manifestar desconfianza y perplejidad el Emperador y los grandes de Méjico, llegaron á Cortés dos fieles tlascaltecas, disfrazados de megicanos, para llevarle una carta que le dieron secretamente. Venia de Veracruz, y le noticiaba, que á Juan de Escalante, á quien habia dejado allí por comandante, le habia acometido un general de Motezuma por orden de este Emperador, y que, despues de una insigne victoria, habia muerto de resultas de las muchas heridas recibidas en el combate. Otros siete españoles perecieron del mismo modo, y á uno de ellos, que quedó en poder de los enemigos, le habian cortado la cabeza, y la enviaron á la corte. Confirmaron este suceso las relaciones de algunos indios, del número de los auxiliares de Cortés: amigos celosos, que, derramados de intento entre los megicanos cuya lengua entendian, habian oido decir que algunos dias antes se habia presentado á Motezuma la cabeza de un español, y que, despues de haberla considerado con una complacencia mezclada de espanto, habia dado orden de ocultarla cuidadosamente.

Oyeron además lisongearse á los megicanos, que no habia cosa mas fácil que cortarles la retirada rompiendo sus puentes, y otras proposiciones igualmente sospechosas. Todos estos indicios combinados parecieron mas que suficientes para precaverse contra la traicion por los medios mas eficaces y estremados.

Túvose consejo, y Cortés, cuya grandeza de alma nunca se manifestaba mejor que en los grandes peligros, fue de dictámen de apoderarse de la persona de Motezuma. A pesar de las dificultades asombrosas que presentaba semejante empresa, todos los suyos cedieron, así al imperio natural que tienen las almas superiores sobre los que solo han nacido para obedecer, como á la memoria de tantos sucesos pasados, en que habian visto su heróica resolucion coronada con el éxito mas glorioso. No dejó de infundirles aquella audacia mas que humana, por una inspiracion del cielo, que no los habia empeñado en la carrera para abandonarlos en la necesidad. En una palabra, el mismo peligro de la empresa fue el que impelió á la egecucion; y la osadía incomprendible de la egecucion, la que facilitó su buen éxito. El Emperador de Méjico, á la primera propuesta que le hizo Cortés de ir en su compañía á aposentarse entre los españoles, pálido y trémulo cayó en tal estupor, que pareció que el cielo, así como á otros muchos potentados idólatras, le habia arrancado el valor y el juicio. Cortés palió lo mejor que pudo su determinacion, protestándole que sería tratado por los españoles con mayor respeto todavía que por sus propios vasallos. El débil

Emperador se contentó con lamentarse del oprobio que semejante paso imprimiria en la dignidad imperial. Como sus quejas, á las cuales Cortés, naturalmente elocuente, se esforzaba á satisfacer, se prolongasen demasiado tiempo, segun parecia á los otros oficiales españoles que entraron con su gefe, y estaban bien armados segun su costumbre, uno de ellos dijo con impaciencia: ¿á qué vienen tantos discursos? Prenzámole ó démosle muerte. Motezuma, que le oyó hablar, preguntó al intérprete lo que decia aquel hombre irritado. Señor, respondió el intérprete, todo lo arriesgais, si no cedéis inmediatamente á las instancias de esta nacion. Vos conoceis su audacia y la fuerza superior que la sostiene. Si vais con ellos, se-reis tratado con todo el respeto que os es debido; pero si resistís mas tiempo, no os disimulo que vuestra vida está en peligro. El sobresalto que le causaron estas pocas palabras fue decisivo. Al momento se levantó de su silla, y dijo á los españoles: me entrego á vosotros con confianza; vamos á vuestro alojamiento, así lo quieren los dioses, pues que me determino á ello.

Mandó preparar inmediatamente sus literas, dió parte á sus ministros, y les encargó publicasen que iba de su plena voluntad y por razones de estado que habia conferenciado con sus dioses, á pasar algunos dias en el cuartel de los españoles; y al punto partió con ellos, esto es, con seis oficiales, incluso Cortés, y treinta soldados de un valor experimentado. Hubo en el tránsito un concurso prodigioso de pueblo,

atraido por un acontecimiento de que dudaban aun viéndole con sus propios ojos; pero no se experimentó el menor desórden. El Emperador les decia desde su litera, que para satisfacer su inclinacion, iba á pasar algunos dias con los ilustres extranjeros, sus amigos; y habia dado orden á sus ministros de castigar con pena de muerte á los que ocasionasen el mas leve desórden. Por otra parte, Cortés habia apostado sobre la ruta escuadras bien armadas en todas las bocascalles, centinelas avanzadas en las calles vecinas á su palacio, y guardias dobles en lo interior de éste. Por medio de una vigilancia continua, y de los infinitos miramientos que tuvieron constantemente con el Monarca, que le hicieron casi amar su prision disimulada, se conservó la tranquilidad pública hasta que Cortés fue obligado á salir de Méjico para ir á combatir las tropas que contra él envió el gobernador de Cuba. El comandante que dejó en su lugar, no le llenó perfectamente. ¿Y quién era capaz de reemplazar á este hombre singular? Los megicanos se amotinaron, se agavillaron y se rebelaron abiertamente, luego que este ángel tutelar de la España dejó de estar al frente de sus banderas. Y cuando, despues de haber vencido las tropas enviadas de Cuba, se puso en marcha para Méjico, todo se hallaba en aquella capital en confusion y desórden. Los bárbaros, en su ausencia, habian experimentado que los españoles no eran invencibles, ó á lo menos que no eran inmortales. Las nubes de saetas y piedras habian hecho correr la sangre de las venas de aquellos que tenian por dioses, y

habian estinguido el rayo en sus propias manos.

Cortés hizo todos sus esfuerzos para restablecer la calma y el orden público; pero el mal no era ya capáz de remedio, ni era mas eficaz el vigor que la persuasion, no obstante haber traído un refuerzo de dos mil hombres de Tlascala, casi tan formidables á Méjico como los españoles cuya disciplina comenzaban á aprender. El exceso de temor en los megicanos habia degenerado en desesperacion, y la desesperacion en un furor que substituía al valor. Previendo Motezuma su última catástrofe de los españoles irritados contra sus vasallos, y de sus vasallos encarnizados contra los españoles con los cuales podian confundirle, se presentó sobre un terrado á los rebeldes, é hizo la última prueba de su autoridad para reducirlos á su deber. Un resto de aquella veneracion que habia llegado al extremo de idolatría, suspendió por algunos momentos el furor; pero arrebatados luego de mayor cólera, ya porque hubiesen elegido un nuevo Emperador, ó porque estuviesen determinados á elegirle, le gritaron injuriosamente, que el cobarde prisionero de los españoles no era ya su Rey, y que debia quitársele inmediatamente el cetro y la corona. Al mismo tiempo, una piedra arrojada por una mano diestra, en medio de un diluvio de flechas, le hizo en la cabeza una herida tan profunda, que murió de ella á breve rato. Despues de este delito no quedaba ya á los españoles otra esperanza que la retirada, pero la retirada debia colocarse por sí misma en el número de las fortunas inesperadas.

Los españoles estaban alojados en el centro de una ciudad inmensa y circundada de una multitud innumerable, en la que el exceso del miedo se habia convertido en una ciega y brutal intrepidez. Si tuvieron la felicidad de ganar una puerta de la ciudad, solo consiguieron hallarse en un paso el mas peligroso; es decir, en una de aquellas estrechas y largas calzadas, que eran sus únicas salidas, batidas de una y otra parte por las aguas del lago, cuya ventaja conocian los megicanos, y en donde se habian reservado desplegar su valor. Como eran tres las calzadas que allí habia, sin contar algunas otras menos transitables, pero que podian absolutamente servir en caso de necesidad, no quisieron ponerse sobre las armas hasta que el enemigo hubiese hecho su eleccion, á fin de cargarle todos juntos en su posicion menos favorable, sin perder momento para reunirse. Así, pues, la obscuridad de una noche lluviosa que los españoles habian escogido para huir de la ciudad, les fue menos útil al intento, que el plan de ataque concertado por sus enemigos (1). Cortés habia distribuido sus tropas de la manera siguiente: la vanguardia se componia de doscientos españoles, de los mejores soldados de Tlascala, y de cuarenta caballos. La retaguardia era un poco menor. El resto del ejército formaba el cuerpo de batalla en que iban los prisioneros, el bagage, la artillería, y un cuerpo de reserva de cien hombres valerosos para la guardia del general, y para los lancas á que éste los llamase. Atravesaron la ciudad en

(1) *Sol. l. 4. c. 18.*

este orden sin recibir insulto alguno y sin observar el menor tumulto. Avanzaron con el mismo orden sobre la calzada hasta su primera cortadura, cuyo puente levadizo hallaron destruido sin que esto los sorprendiese. Ya lo habian previsto, y la vanguardia llevaba de prevencion un puente ambulante que echaron en pocos minutos. Intentaron usar de igual expediente en las dos cortaduras que les quedaban que pasar; pero el peso de los caballos y de los cañones hundieron de tal modo el puente entre las piedras de los dos macizos en que estrivaba, que no fue posible sacarle, ni tuvieron siquiera tiempo de intentar este trabajo.

Tal era el sitio donde los bárbaros aguardaban su presa. En el momento de mayor embarazo de los españoles, una infinidad de barcas y de canoas armadas, aproximadas por una y otra parte al favor de la noche y del silencio, acometieron tan rápidamente, que se hallaron oprimidos de un diluvio de flechas en el mismo instante en que oyeron su tumulto y horribles clamores. Seguramente habria perecido todo el ejército español, si los indios hubiesen observado en la refriega el orden en que se habian convenido para el ataque; pero la disciplina era para ellos un estado violento, y no tardó su valor desenfrenado en producir entre ellos el mayor desorden. Cayeron sobre el enemigo con tanto tumulto y confusion, que las primeras canoas se estrellaron contra la calzada, y los que las seguian, en vez de defenderlas, aceleraron su ruina. El cañon y los mosquetes hicieron un estrago

espantoso en aquella multitud desordenada y medio desnuda; pero los españoles, ó por mejor decir las fuerzas humanas, no eran suficientes para acuchillar á cuantos abordaban. Los indios mas distantes, no pudiendo abrirse camino entre los que les precedian, ni sufrir la lentitud de los remos; se echaron á nado: luego, á beneficio de su natural agilidad y de sus armas fijadas en tierra, treparon por la calzada, mas en tan gran número, que lo que parecia deber asegurar el éxito de su empresa, consumió su derrota. Habiendo aflojado en estremo el combate sobre las orillas del lago atestadas de montones de cadáveres, solo se trató de hacer frente mas adelante sobre un terraplen descubierto y no muy ancho. De este modo la superioridad del número vino á ser inútil á los indios, y la estrechez del campo de batalla, antes tan perjudicial á los españoles, se convirtió en ventaja suya. Algunos cañones colocados en línea recta en el ancho de la calzada, la cubrieron en breves instantes de tantos cadáveres, que, segun varios autores, no necesitaron de otra cosa para poner la segunda cortadura ó foso á nivel con el camino. Como el último foso estaba inmediato á la tierra y tenia poca profundidad, pudieron las tropas vadearle, y ganaron tranquilamente la llanura, en la que tuvieron la felicidad de no hallar megicanos que lo impidiesen. Tal era la turbacion que su última derrota les habia causado. En aquel puesto, no obstante, habrian podido los bárbaros prometerse la mayor ventaja sobre unos enemigos, la mayor parte heridos, estenuados de fatiga, y con

agua hasta mas arriba de la cintura. El egército cristiano miró esta inadvertencia ó esta ceguedad de los infieles, como un rasgo muy singular de la Providencia del Señor sobre su pueblo. De esta suerte llegó felizmente á la orilla la vanguardia y el cuerpo de batalla, despues de lo cual el héroe generoso que no los habia abandonado en lo fuerte del peligro, retrocedió hasta la retaguardia, cuya suerte fue mucho menos afortunada, pero casi únicamente por culpa suya: es decir, por haberse dejado llevar de la codicia y del amor al botin. Una buena parte de aquella division sobrecargada de oro y plata, no pudo llegar á la primera cortadura de la calzada, hasta que los megicanos hubieron destruido el puente, y quedó abandonada á su desgracia. Cortés recogió sus reliquias, y reunió el grueso del egército al rayar el dia.

Aunque fuera de Méjico y vencedor de los megicanos, no estaba ni con mucho esento de peligro. Aquella nacion, generalmente sublevada, la capital recobrada de su asombro, los paises comarcanos, las provincias remotas, todos se confederaron para perseguir á los estrangeros, y esterminarlos enteramente antes que saliesen de los límites del imperio. Cortés tuvo, sin embargo, la dicha de arribar á Tlascala, aunque apurado todo el arte de las marchas, y despues de haberse visto precisado á medirse en batalla campal con doscientos mil bárbaros, cuyo valor y encarnizamiento igualaron su número (1). Toda la intrepidez europea no era suficiente á romperlos, ó á

(1) *Lib. 4. c. 20.*

lo menos á impedirles volver sin cesar al ataque; cuando reconociendo aquel hombre grande que este teson no podia dejar tarde ó temprano de aniquilar su pequeño egército, tomó inmediatamente una de aquellas resoluciones que solo nacen en el espíritu de los héroes. A vista del estandarte imperial de los megicanos, en cuya conservacion fundaban la salud del imperio, llamó á sus mejores oficiales, é hizo señal á los mas valerosos de su guardia, y dando todos juntos riendas á sus caballos, mas formidables á los bárbaros que el mismo cañon, rompieron los batallones, y sin darles tiempo de reunirse fueron en derecha al estandarte, que estaba enarbolado sobre la litera del general en gefe. El general español acometió con la lanza en ristre al megicano, le derribó bañado en su sangre, y se apoderó del estandarte. Este golpe fue el decisivo. Los megicanos rindieron todas sus banderas, y arrojaron sus armas para facilitar la fuga. La derrota fue tan considerable y rápida, que en breves momentos solo quedaron vivos en el campo de batalla los españoles y sus aliados.

22. Desde entonces se encaminaron sin dificultad al pais de Tlascala, donde concertaron despacio los medios de subyugar á Méjico. Pusieron en accion todas las fuerzas de aquella república, juntaron á ella sus antiguos aliados y los que adquirieron de nuevo, se procuró estar de inteligencia con algunas de las mismas provincias de Méjico, que se armaron unas contra otras; y en muy poco tiempo se vió Cortés al frente de unos egércitos comparables en número á los

del enemigo. Sin embargo, fue necesario todavía dar muchos combates, y hacer prodigios de valor contra el nuevo Emperador que eligieron los mexicanos, y que se manifestó infinitamente mas digno de mandarlos que Motezuma. No nos estenderemos mas en la relacion individual de estas operaciones, puramente militares y ajenas de nuestro objeto bajo este punto de vista, y aun habriamos reducido mas la narracion sobre esta materia, no obstante su brillantéz, á no haber sido indispensable alguna individualidad para dar á conocer la conducta de la Providencia con aquel conquistador, el mas extraordinario del Nuevo-mundo; pero este gran cuadro ocupará el lugar de otros muchos que hubiera sido preciso bosquejar para conseguir el mismo fin.

En menos de dos años formó Cortés su plan, y consumó su empresa. El 8 de Noviembre de 1519 hizo su primera entrada en Méjico, como embajador, ó por mejor decir, como aventurero, y entró en esta capital, como conquistador y victorioso, el 13 de Agosto de 1521. Inmediatamente participó á Carlos V, que acababa de conquistarle una Nueva-España, mas estensa y mucho mas rica que la antigua. Los primeros tributos de oro de aquellas tierras, que enviaba al mismo tiempo, hicieron creible lo que, sin esta circunstancia, habrian colocado en el número de las fábulas ó sueños. Uniendo, como lo hacia en toda ocasion, los sentimientos de la Religion á los del heroísmo, no dejó de anunciarle que el Evangelio producía frutos admirables en aquellos paises infieles,

que el Príncipe de Isucan, el Rey de Tezcucó, y los dos principales senadores de la fiel y belicosa república de Tlascalá, habian recibido ya el bautismo; y que sobre todo en este último pais la mies evangélica llegaba á su maduréz, no faltando mas que operarios laboriosos para recogerla.

23. En el discurso del mismo año de 1519, fueron tambien descubiertas las tierras antárticas, en nombre de Carlos V, por Fernando Magallanes, capitán portugués, que habia dejado el servicio de su Soberano natural, por haberle negado el aumento de seis escudos anuales á su sueldo. Picado de emulacion, no menos que de resentimiento, emprendió hácia las Indias una ruta contraria á la que tenian los portugueses. Con cinco buques navegó mucho mas allá de la línea equinoccial, sobre unos mares enteramente desconocidos todavía, donde tuvo que luchar, no solo contra las tormentas, sino tambien contra montes de yelos é inviernos eternos. Llegó al estrecho que tiene su nombre, y por este paso penetró en el mar del Sur. Pereció en él en una isla que habia sometido; mas los compañeros de su fortuna prosiguieron su rumbo, y arribaron á las Molucas, conocidas ya de los portugueses: lo que ocasionó entre las dos coronas de Castilla y Portugal aquel extraño litigio, que adquirió mayor cuerpo con la bula espedita para prevenirle. Carlos, favorecido de este modo de la fortuna, tomó, como Rey de España, un título proporcionado al acrescentamiento de su poder. Entonces fue cuando al título de Alteza, con que los Reyes